

Los grandes aciertos de

RAYMOND CARTIER

Raymond Cartier es un periodista francés que se ha hecho famoso por sus colaboraciones y reportajes en el "Paris-Match". Su larga experiencia viajera y su agudo espíritu de observación han cristalizado en dos libros excepcionales, "Las cuarenta y ocho Américas" y "Las diecinueve Europas". Ambos son fascinantes, interesantísimos. Y la extensión y calidad de su información de primera mano en nada entorpecen la agilidad de su estilo y lo perfecto de su presentación.

Los libros de Raymond Cartier tienen muchas y muy buenas virtudes que en seguida vamos a tratar de comentar porque la obra de este hombre trotamundos se presta con facilidad al comentario. El primer gran acierto de Raymond Cartier es su fórmula expresiva felicísima. Cartier es periodista y como periodismo hace pasar su libro. Una idea nos bulle en la cabeza que no sabemos cómo expresar adecuadamente. Quizá un ejemplo negativo de lo que queremos decir aclare esta primera y fundamentalísima virtud que le adjudicamos a "Las cuarenta y ocho Américas" del periodista francés. Conocerán ustedes, sin duda alguna, las dos obras que han hecho famoso a Morris West, el discutido novelista australiano. La primera fue "El abogado del diablo" y la segunda llevaba el título de "Las sandalias del pescador". En esas dos obras, interesantes desde luego y bien escritas, el crítico nota inmediatamente una anomalía importante. La anomalía que casi siempre observamos en toda novela escrita por periodistas. Es decir, que la forma expresiva no está de acuerdo con el género literario en que

se vierte. Las dos obras de West se prestan más al comentario periodístico que al estrictamente literario, o más concretamente al novelesco. Morris West es un periodista que ha intentado meter en el molde novelístico una masa concebida y elaborada para la columna. He ahí su defecto primordial. He ahí la razón última de su escandalosa popularidad. Morris West es hoy día uno de los escritores de más amplia difusión en el mundo entero. Con unos cuantos datos bien vistos y el olfato de todo buen periodista por lo sensacionalista —en el mejor sentido de la palabra, es decir, en su sentido más atenuado— Morris West ha escrito dos obras tremendamente populares, ágiles, interesantes, fáciles de ser leídas por cualquier profano en asuntos más o menos eclesiásticos. El público ideal para este tipo de creación es el norteamericano. Y allí, en efecto, ha sido la obra del australiano best-seller un puñado de meses. Y téngase en cuenta que eso de ser best-seller significa mucho en los Estados Unidos, aunque el mérito objetivo de semejantes clasificaciones apenas quieran decir nada y tengan muy poco que ver con la auténtica calidad literaria. Citar ejemplos de obras mediocres popularísimas es innecesario y sería prolijo. El caso extremo de esta situación la tenemos en el serial radiofónico.

Pues bien, West ha escrito novelas con masa periodística. El resultado es que su tipo de creación se resiente de falta de hondura. El complejo y hoy atormentado mundo espiritual y sacerdotal, que tan magistralmente han sabido captar en algunas de sus facetas hombres como Greene, como Bernanos, co-

Juan José

Coy, S. J.

mo Mauriac, como Montaurier, queda a cien codos por encima del que nos presenta habitualmente Morris West. Esto no quiere ser una crítica sistemática y sin atenuantes a la obra de Morris West. Quiere ser tan sólo un ejemplo de lo que queremos decir al afirmar que Raymond Cartier ha escogido la forma literaria óptima, más apropiada, para su tipo de trabajo. A materia prima periodística, a concepción mental periodística, forma literaria periodística. Así han salido sus obras. Y esta virtud elemental y básica hace de la lectura de "Las cuarenta y ocho Américas" un abigarrado e interesante viaje experimental por el enorme y complejísimo mundo yanqui, con frecuencia tan mal comprendido y peor juzgado. Pero este asunto empalma directamente con la segunda gran virtud capital de la obra de Raymond Cartier.

Esta virtud se llama simpatía. Porque Raymond Cartier va casi siempre al aspecto humano de las cosas más que a su versión política. Nosotros, los latinos, no somos ni objetivos ni equilibrados cuando hablamos o escribimos de los norteamericanos. Después de todo es perfectamente explicable. A quien le han matado un hijo ¿cómo podrá ser objetivo y desapasionado con el asesino? Es humana, psicológicamente imposible. A muchos de nosotros los norteamer-

ricanos nos han matado un hijo que se llama libertad. Libertad económica. El colonialismo yanqui es algo más que un slogan soviético. Es una triste realidad, por lo que a su aspecto económico se refiere, en muchos de nuestros países. Los norteamericanos han ido a Sudamérica en busca de materias primas que luego han devuelto manufacturadas al triple de su precio. La monoproducción, tan típica de tantos países económicamente subdesarrollados, deja en manos del mejor postor a quien produce esos alimentos, esos minerales, esa específica producción. Esta se llama en ocasiones, café, en ocasiones banano, en ocasiones estaño, en ocasiones carne congelada.

Cuando un solo producto constituye el noventa por ciento de una economía de exportaciones, ese país queda a merced de quien se lo compra. Y pobre del que le busque los tres pies al gato y trate de independizarse. La suspensión de compras es hoy día, en este mundo nuestro, amenaza más estremecedora que la de la bomba hache. El mercado y sus consecuencias sustituye ahora, en América del Sur, a los marines o a los cazas a reacción. Algunos países latinoamericanos no tienen libertad económica. Y sufren del colonialismo plutocrático, mucho más terrible y despiadado que el colonialismo político. En estas circunstancias no tiene nada de extraño que nosotros, los que sufrimos a veces las consecuencias de ese estado de cosas, no seamos ni objetivos ni desapasionados. Mucho es que no somos incendiarios. Pero, en fin, la digresión ha resultado quizá excesiva. Raymond Cartier puede permitirse el lujo de ser imparcial porque ni entra ni sale. Va, ve y escribe. Como César, pero sin Rubicones comprometedores.

Cuando esporádicamente sus observaciones toman el rumbo de los políticos, no puede dejar de mencionar los atropellos de Nuremberg en nombre de la legalidad —y ¡qué legalidad, Dios mío, la legalidad de los vencedores!—, las equivocaciones garrafales de Franklin Delano Roosevelt, la histeria de Joseph MacCarthy, el senador por Wisconsin, la candidez norteamericana, en fin, que entregó a Rusia países enteros de Europa y, lo que es peor, todo su arsenal de investigación científica —incluida la atómica—, que ha permitido a los

soviéticos aventajar en pocos años a los Estados Unidos. Pero éstos son momentos más bien escasos, pues el matiz primordial de esta obra apasionante es el más estricta y directamente humano. Y en ese terreno, desde luego, cuanto no sea admiración y profundo respeto indicaría ceguera o un marcado complejo de inferioridad. Las realizaciones de los Estados Unidos son demasiado vertiginosas y demasiado sorprendentes como para no despertar una admiración inmediata y sincera. Ese gran pueblo sigue siendo merecedor de toda nuestra simpatía por más que sus dirigentes nos lo hayan hecho odioso.

El periplo de Raymond Cartier es impresionante y nos recuerda esa penúltima obra de John Steinbeck que se titulaba "Travels with Charlie". Un recorrido entrañable y apasionante por las tierras y el corazón de América. Pero ojo, que la vista engaña: ni Steinbeck ni Raymond Cartier pretenden abarcar lo inabarcable. La tercera gran virtud de "Las cuarenta y ocho Américas" se llama realismo. De intención y de realización. Veamos en qué consiste este realismo intencional, como llamamos a esta tercera faceta positiva de la obra que comentamos.

Ninguna persona, por mediana que sea su inteligencia, pretenderá abarcar todo al hablar de cualquier país, por simple y uniforme que parezca. Es del todo imposible el encerrar a un país vivo en un libro y ridículo el pretender siquiera hacerlo. Por eso Raymond Cartier huye como de la peste de las generalizaciones que están hechas siempre de simplificaciones. Las cuarenta y ocho Américas son cuarenta y ocho entidades, algunas de ellas con características tan distintas y tan opuestas, que aquí más que nunca es inútil tratar de generalizar o de simplificar. Lo que tiene validez en Nevada para nada sirve en New England, y viceversa, desde luego. Lo mismo puede decirse en multitud de aspectos por lo que a cada uno de los Estados se refiere en relación con los demás. Por tanto, tratar de abarcarlo todo queda al margen de las posibilidades de un libro del tipo del que Cartier escribe.

Cartier habla de casos concretos nunca generalizables, explica determinados sucesos históricos, geográficos, políticos o anecdóticos

con validez exclusiva para aquellos lugares y tiempos en los que son descritos. La consecuencia es evidente: el libro de Raymond Cartier se limita a unos cuantos rasgos, característicos cuanto se quiera, pero particularísimos. Por supuesto que el autor insiste una y otra vez, desde el prólogo al epílogo, en que nadie busque lo que no hay ni lo que él no pretende comunicar o expresar. Y el lector se cura en salud y saca sus consecuencias.

Es sumamente difícil, por no decir absurdo, hablar de los Estados Unidos de Norteamérica. Semejante dislate sería sólo comparable al que cometen a veces los propios norteamericanos cuando le preguntan al forastero qué clima hay en Sudamérica o qué se come o qué clase de personas hay. Pues todo de todo. Frío y calor, banano y papa, y un conglomerado racial que va complicándose por momentos. Lo mismo sucede en los Estados Unidos. Desde este punto de partida la obra de Cartier nos presenta unos cuantos rasgos, muy bien escogidos y magistralmente expresados, sobre las cuarenta y ocho Américas —porque en el momento de la primera edición de su libro no eran todavía estrellas de la bandera norteamericana ni las Hawai ni Alaska—. Y el lector se entera de unas cuantas cosas, profundamente interesantes y reveladoras. Y como del contraste sale la luz, de la diversidad descriptiva de la obra de Cartier el lector saca inevitablemente la prudencia crítica suficiente para no seguir diciendo generalidades y vaguedades sobre el inmenso país norteamericano.

En resumidas cuentas, a Raymond Cartier hay quien le ha llamado el mejor reportero del mundo. Dejando a un lado comparaciones que siempre son odiosas, es indudable que Raymond Cartier es un gran reportero. Lo mejor de su ciencia periodística, de su sagacidad y espíritu de observación, de su formidable estilo, lo podemos encontrar en dos libros excepcionales que se titulan "Las cuarenta y ocho Américas" y "Las diecinueve Europas". Hoy nos limitamos en nuestro comentario al primero de ellos. Quizá en otra ocasión le toque el turno al segundo.

★